

DOMINGO IV DE CUARESMA (B)
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
22 de marzo de 2009
Ef 2, 4-10; Jn 3, 14-21

Queridos hermanos y hermanas; queridos hermanos y hermanas venidos para acompañar al P. Josep-Enric en sus bodas de plata monásticas:

Festejad a Jerusalén, gozad con ella todos los que la amáis, repetíamos en el canto de entrada. La liturgia del cuarto domingo de cuaresma nos invita a la alegría, a hacer fiesta. Y ¿por qué, en medio de la penitencia cuaresmal, esta llamada a la alegría? Un primer nivel de respuesta nos lleva a decir: porque la Pascua está cerca. Vemos ya el término hacia el cual se encaminan nuestras prácticas cuaresmales y nuestro proceso de conversión, que no es otro que revivir nuestro bautismo y celebrar la solemnidad pascual con el corazón renovado.

Sin embargo, hay otro nivel de respuesta a la pregunta de por qué somos invitados a la alegría. Es un nivel todavía más fundamental. Nos lo muestran las lecturas bíblicas de hoy. Lo diré con palabras de la segunda lectura, que era de la carta a los cristianos de Éfeso. El Apóstol afirmaba que tenemos que alegrarnos, los que por el bautismo ya somos hijos de la nueva Jerusalén y los que se preparan para serlo en la próxima Pascua, porque *Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo*. Tenemos que alegrarnos, pues, porque Dios nos ama infinitamente y por eso nos ha dado a su Hijo Jesucristo y con él nos ha dado la vida. El evangelio de hoy lo decía con otras palabras: *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna*. Este amor llegará a su máxima donación en la cruz; Jesús, de una manera parecida a *la serpiente que Moisés elevó en el desierto*, será *elevado* para dar *vida*. Desde entonces, la cruz de Jesús ya no es signo implacable de muerte sino fuente de *vida*. Sin embargo, ¿qué es esta *vida*? ¿Es posible una *vida eterna* cuando vemos cómo la muerte hace estragos cada día? ¿Qué significa *vida* cuando hablamos de lo que nos da a Jesucristo? Conviene que nos lo preguntemos. Se trata, como decía la carta a los efesios, de una *gracia* que viene de la fe, no de *unas* obras que tengamos que cumplir. *La vida* que viene de Jesús elevado en la cruz consiste en dejarse invadir por la fe en el Cristo resucitado, en acoger su amor y su *gracia*, en dejar entrar *la luz* de su Palabra en nuestro corazón y en nuestra inteligencia. Y hacer eso es encontrar una fuente de gozo y de esperanza que brota en nuestro interior, en el interior de cada creyente (cf. Jn 7, 38-39). Y no solamente brota durante esta vida mortal, sino que da la *vida eterna* (cf. Jn 4, 14). Porque *la vida* que nos da Jesucristo no se acaba con la muerte, sino que dura para siempre.

Festejad a Jerusalén, gozad con ella todos los que la amáis. Agradecidos por el don de la *vida eterna* que hemos recibido de Jesucristo, podemos vivir en la alegría. Sabemos que, una vez hemos recibido el perdón de *nuestras culpas*, si nuestra libertad no se vuelve de espaldas a Dios, *por gracia* ya hemos sido salvados, ya hemos empezado a participar de la vida nueva de la resurrección, ya tenemos entrada a la Jerusalén celestial, como dice el Apóstol en el texto que hemos leído. Por eso nos alegramos con la Jerusalén espiritual, que es la Iglesia que peregrina en la tierra y con la Ciudad Santa del cielo. Ahora, mientras vivimos con esta alegría profunda, nos tenemos que *dedicar* a hacer *obras* buenas, a poner en práctica lo propio de personas iluminadas por la *luz* que viene de Dios. Los discípulos de Jesús tendríamos que sacar siempre la alegría de la fuente que el Espíritu ha hecho nacer en lo más íntimo de

nosotros. Tendríamos que ser portadores de gozo y de esperanza. Si vivimos el gozo de sabernos radicalmente salvados, podremos ser testigos más creíbles de la voluntad de Dios para la humanidad, también para nuestros contemporáneos. De una voluntad que, tal como decía el evangelio, no es de condena, sino de liberación, de salvación. Tenemos que procurar que nadie se quede en *la oscuridad* y todo el mundo pueda acoger *la luz* del Evangelio.

Festead a Jerusalén, gozad con ella todos los que la amáis. Nuestra alegría de este domingo se hace particularmente intensa con motivo de las bodas de plata monásticas de nuestro P. Josep-Enric Parellada. Sabe que el Señor, a lo largo de estos años, ha recordado y hecho activa *la promesa de vida que le hizo* en el bautismo y en la profesión para que no se vea frustrado en su *esperanza* (Ps 118, 116; RB 58, 21); eso le anima en los momentos de dificultad (cf. Ps 118, 49-50) y le estimula en el seguimiento de Jesucristo *camino, verdad y vida* (Jn 14, 6). El monje lo vive desde la compunción; es decir, desde el saberse pecador, porque no siempre ha practicado *las buenas obras* que Dios nos asignó, tal como decía el Apóstol, pero al mismo tiempo sabiéndose perdonado por el amor entrañable de Dios y eso le es causa de una alegría serena y profunda.

Me complace recordar ahora unas palabras de la homilía del P. Abat Cassià, fallecido ahora hace un año, en la celebración de la profesión del P. Josep-Enric. Eran unas palabras programáticas. Decía: "está dentro de la óptica de la Alianza [de Dios con su pueblo] que tengamos que vivir la profesión que ahora hará Josep-Enric, con el deseo de ser más fieles a Jesucristo por medio de los consejos evangélicos vividos como monjes en nuestra comunidad. [...] Es un camino de compromiso y de servicio al Reino y, especialmente, a nuestra Iglesia. Es un ministerio de intercesión y de presencia activa desde el corazón de la Iglesia. Es un gesto de gratuidad hacia Aquél que se lo merece y que queremos adorar en espíritu y en verdad".

Estas palabras sintetizan todo un programa de vida para responder a la vocación recibida y, por lo tanto, un programa que en la renovación que hoy, veinticinco años después, hace el P. Josep-Enric, continúa indicando el camino a recorrer. Un camino que no es otro que el de llevar a término la obra que el Padre inició en él por el bautismo: hacer que por la acción del Espíritu se vaya configurando con Jesucristo, el Hijo que el Padre nos *ha dado* para que tengamos alegría y *vida eterna*.